

Lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre

“No sin sangre”—Hebreos 9:7 y 18.

Dios nos ha hablado en las Escrituras en diversas porciones y de diversas maneras; pero la voz es siempre la misma, es siempre la *Palabra* del mismo *Dios*.

De ahí la importancia de tratar la Biblia como un todo y recibir el testimonio que da en sus diversas porciones sobre ciertas verdades definidas. Es así como aprendemos a reconocer el lugar que estas verdades ocupan realmente en la Revelación, o más bien en el *Corazón de Dios*. Así también comenzamos a descubrir cuáles son las verdades fundamentales de la Biblia, que más que otras exigen atención. Puesto que ocupan un lugar tan destacado en cada nuevo punto de partida de la revelación de Dios y permanecen inalteradas cuando cambia la Dispensación, llevan consigo una indicación divina de su importancia.

Mi objetivo, en los capítulos que siguen a este introductorio, es mostrar lo que las Escrituras nos enseñan acerca *del Glorioso Poder de la Sangre de Jesús*, y las maravillosas bendiciones obtenidas para nosotros por medio de ella; y no puedo sentar una mejor base para mi exposición, ni dar una mejor prueba de la gloria superlativa de *Esa Sangre como el Poder de Redención*, que pidiendo a mis lectores que me sigan a través de la Biblia, y así vean el lugar único que se le da a *la Sangre* desde el principio hasta el final de la revelación de Dios de Sí mismo al hombre, como está registrado en la Biblia.

Quedará claro que no hay una sola idea bíblica, desde Génesis hasta Apocalipsis, mantenida más constante y prominentemente en mente que la expresada por las Palabras: “*La Sangre*”.

Nuestra pregunta entonces es qué nos enseñan las Escrituras acerca de *La Sangre*.

Primero, en el Antiguo Testamento;

En segundo lugar, en la Enseñanza de Nuestro Señor Jesús mismo;

En tercer lugar, en Lo que enseñan los Apóstoles; y

Por último, lo que nos dice San Juan en el Apocalipsis.

I. Aprendamos lo que enseña el Antiguo Testamento. Su relato sobre *la Sangre* comienza en las puertas del Edén.

No entro en los misterios no revelados del Edén.

Pero en relación con el sacrificio de Abel todo es claro. Él trajo de “las primicias de su cabellera” al Señor como sacrificio, y allí, en relación con el primer acto de adoración registrado en la Biblia, se derramó sangre. Aprendemos de Hebreos (xi. 4) que fue “por fe” que Abel ofreció un sacrificio aceptable, y su nombre ocupa el primer lugar en el registro de aquellos a quienes la Biblia llama “creyentes”. Él recibió este testimonio de “haber agradado a Dios”. Su fe, y el beneplácito de Dios en él, están estrechamente relacionados con la sangre del sacrificio.

A la luz de la revelación posterior, este testimonio, dado al comienzo mismo de la historia humana, es de profunda importancia. Muestra que no puede haber acercamiento a Dios, ni comunión con Él por la fe, ni goce de Su favor, aparte de *La Sangre* .

Las Escrituras sólo nos dan una breve descripción de los siguientes dieciséis siglos. Luego vino *el diluvio* , que fue el juicio de Dios sobre el pecado, mediante la destrucción del mundo de la humanidad.

Pero Dios hizo surgir una nueva tierra a partir de ese terrible bautismo de agua. Sin embargo, observemos que la nueva tierra debe ser bautizada también con sangre, y el primer acto registrado de Noé, después de haber salido del arca, fue la ofrenda de un holocausto a Dios. Al igual que con Abel, el nuevo comienzo de Noé no fue “ **sin sangre** ”.

El pecado prevaleció una vez más, y Dios puso un fundamento completamente nuevo para el establecimiento de Su Reino en la tierra.

Por el llamado divino de Abram y el nacimiento milagroso de Isaac, Dios emprendió la formación de un pueblo que le sirviera. Pero este propósito no se cumplió sin el derramamiento de *la Sangre* . Esto es evidente en la hora más solemne de la vida de Abraham.

Dios ya había entrado en una relación de pacto con Abraham, y su fe ya había sido puesta a prueba severamente, y había pasado la prueba. Le fue contada por justicia. Sin embargo, él debía aprender que Isaac, el hijo de la promesa, que pertenecía completamente a Dios, sólo puede ser verdaderamente entregado a Dios mediante la muerte.

Isaac debe morir. Para Abraham, al igual que para Isaac, sólo mediante la muerte se podía lograr la liberación de la vida del yo.

Abraham debe ofrecer a Isaac en el altar.

No se trataba de un mandato arbitrario de Dios, sino de la revelación de una verdad divina: que sólo por medio de la salud es posible una vida verdaderamente consagrada a Dios. Pero era imposible que Isaac muriera y resucitara de entre los muertos, porque a causa del pecado, la muerte lo retendría. Pero, ved, se le perdonó la vida y se ofreció un carnero en su lugar. Por la sangre que fluyó entonces en el monte Morisco se le perdonó la vida. Él y el pueblo que descendió de él viven delante de Dios “ *no sin sangre* ”. Sin embargo, por esa sangre, en una figura, fue resucitado de entre los muertos. Aquí se enseña claramente la gran lección de la sustitución.

Pasaron cuatrocientos años, e Isaac se había convertido, en Egipto, en el pueblo de Israel. Mediante su liberación de la esclavitud egipcia, Israel iba a ser reconocido como el primogénito de Dios entre las naciones. Aquí, también, se dice “ *no sin sangre* ”. Ni la gracia electiva de Dios, ni su pacto con Abraham, ni el ejercicio de su omnipotencia, que tan fácilmente podría haber destruido a sus opresores, podían prescindir de la necesidad de *la sangre* .

Lo que *la Sangre* logró en el Monte Moro por una persona, que era el Padre de la nación, ahora debe ser experimentado por esa nación. Mediante la aspersion de los marcos de las puertas de los israelitas con la *Sangre* del cordero pascual; mediante la institución de la Pascua como una ordenanza permanente con las palabras: “Cuando vea la *Sangre* pasaré de vosotros”, se le enseñó al pueblo que la vida puede obtenerse únicamente por la muerte de un sustituto. La vida era posible para ellos únicamente mediante *la Sangre* de una vida dada en su lugar, y apropiada por “la aspersion de esa sangre”.

Cincuenta días después, esta lección se puso en práctica de una manera sorprendente. Israel había llegado al Sinaí. Dios había dado Su Ley como fundamento de Su pacto. Ese pacto debía ahora establecerse, pero como se afirma expresamente en Hebreos 9:7, “ *No sin sangre* ”. La *Sangre del Sacrificio* debía ser rociada, primero sobre el altar, y luego sobre el libro del Pacto, que representaba la parte de Dios de ese Pacto; luego sobre el pueblo, con la declaración: “Esta es *la Sangre del Pacto* ” (Éxodo 24).

El pacto tenía su fundamento y su poder en esa *sangre* . Sólo *por la sangre* Dios y el hombre pueden entrar en comunión mediante el pacto. Lo que había sido prefigurado en la Puerta del Edén, en el Monte Ararat, en Moriah y en Egipto, ahora se confirmaba al pie del Sinaí de la manera más solemne. Sin *sangre*, el hombre pecador no podía tener acceso a un Dios Santo.

Sin embargo, hay una marcada diferencia entre la manera de aplicar la sangre en los primeros casos y en los segundos. En Moriah la vida era redimida por el derramamiento de la sangre. En Egipto se rociaba sobre los postes de las puertas de las casas; pero en el Sinaí, se rociaba sobre las personas mismas. El contacto era más cercano, la aplicación más poderosa.

Inmediatamente después del establecimiento del pacto, se dio a los que dieron la orden: “Que me hagan un santuario, y habite en medio de ellos” (Éxodo 25:8). Debían disfrutar de

la plena bendición de tener al Dios del pacto habitando entre ellos. Por medio de Su gracia podrían encontrarlo y servirlo en Su casa.

Él mismo dio, con el más minucioso cuidado, instrucciones para la disposición y servicio de esa casa. Pero note que *la Sangre* es el centro y la razón de todo esto. Acérquese al vestíbulo del templo terrenal del Rey Celestial, y lo primero que se ve es el *Altar del Holocausto*, donde la aspersión de la sangre continúa, sin cesar, desde la mañana hasta la tarde. Entre en el Lugar Santo, y lo más visible es el altar de oro del incienso, que también, junto con el velo, está constantemente rociado con la *Sangre*. Pregunte qué hay más allá del Lugar Santo, y se le dirá que es el *Lugar Santísimo* donde Dios mora. Si pregunta cómo mora Él allí, y cómo se llega a Él, se le dirá " *No sin Sangre*". El trono de oro donde brilla Su gloria, es rociado con *La Sangre*, una vez al año, cuando solo el Sumo Sacerdote entra para traer *la Sangre* y adorar a Dios. El acto más alto en ese culto es la aspersión de *La Sangre*.

Si indagáis más, se os dirá que siempre y en todo lo necesario es *la Sangre*. En la consagración de la Casa o de los Sacerdotes; en el nacimiento de un niño; en la penitencia más profunda por el pecado; en la fiesta más alta; siempre y en todo, el camino para la comunión con Dios es sólo a través de *la Sangre*.

Esto continuó durante mil quinientos años. En el Sinaí, en el desierto, en Silo, en el Templo del Monte Moriah, continuó hasta que nuestro Señor vino a poner fin a todas las sombras trayendo la sustancia y tratando de establecer una comunión con el Santo, en espíritu y en verdad.

II. Lo que Nuestro Señor Jesús Mismo Enseña Sobre la Sangre

Con su venida las cosas viejas pasaron, y todas fueron hechas nuevas.

Él vino del Padre Celestial y puede decirnos con palabras divinas el camino al Padre.

A veces se dice que las palabras “ *no sin sangre* ” pertenecen al Antiguo Testamento. Pero, ¿qué dice nuestro Señor Jesucristo? Observemos, en primer lugar, que cuando Juan el Bautista anunció Su venida, habló de Él como si cumpliera un doble oficio, como “ *el Cordero de Dios* que quita el pecado del mundo”; y luego como “el que bautizaría con el Espíritu Santo”. El derramamiento de la *Sangre* del Cordero de Dios debe tener lugar antes de que se pueda otorgar el derramamiento del Espíritu. Sólo cuando se haya cumplido todo lo que el Antiguo Testamento enseña acerca de *la Sangre* , puede comenzar la Dispensación del Espíritu.

El Señor Jesucristo mismo declaró claramente que su muerte en la cruz era el propósito por el cual Él vino al mundo; que era la condición necesaria para la redención y la vida que Él vino a traer. Él claramente afirma que en conexión con Su muerte era necesario el derramamiento de Su *Sangre* .

En la sinagoga de Cafarnaúm habló de Sí mismo como “ *el Pan de Vida*”; de Su carne, “que Él la daría por la vida del mundo”. Cuatro veces dijo con el mayor énfasis: “Si no bebéis mi *Sangre*, no tenéis vida en vosotros”. “El que bebe mi *Sangre* , tiene vida eterna”. “Mi *Sangre* es verdadera bebida”. “El que bebe mi *Sangre*, permanece en mí y yo en él” (Juan 6). Nuestro Señor declaró así el hecho fundamental de que Él mismo, como Hijo del Padre, que vino a restaurarnos nuestra vida perdida, no puede hacerlo de otra manera que muriendo por nosotros; derramando Su sangre por nosotros; y luego haciéndonos partícipes de su poder.

Nuestro Señor confirmó la enseñanza de las Ofrendas del Antiguo Testamento: que el hombre sólo puede vivir a través de la muerte de otro, y así obtener una vida que mediante la Resurrección se ha vuelto eterna.

Pero Cristo mismo no puede hacernos partícipes de esa vida eterna que Él nos ha procurado, a menos que derrame Su sangre y nos la haga beber. ¡Qué hecho maravilloso! “ *Sin sangre* ” no podemos tener vida eterna.

Igualmente sorprendente es la declaración que nuestro Señor hizo de la misma verdad en la última noche de su vida terrenal. Antes de completar la gran obra de su vida al darla “en rescate por muchos”, instituyó la Santa Cena, diciendo: “Esta copa es el nuevo pacto en *mi sangre* , que por vosotros y por muchos se derrama para remisión de los pecados. Bebed de ella todos” (Mateo 26:28). “Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados”. Sin remisión de pecados no hay vida. Pero por el derramamiento de su *sangre*, Él ha obtenido una nueva vida para nosotros. Por lo que Él llama “beber su sangre”, Él comparte su vida con nosotros. La sangre *derramada* en la Expiación, que nos libera del PECADO, la

culpa del pecado; y de la muerte, el castigo del pecado; la sangre que por la fe bebemos, nos otorga su vida. La *sangre* que Él derramó fue, en primer lugar, *para nosotros, y luego nos es dada* .

III. La enseñanza de los Apóstoles bajo la inspiración del Espíritu Santo

Después de su Resurrección y Ascensión, nuestro Señor ya no es conocido por los Apóstoles “según la carne”. Ahora, todo lo que era simbólico ha pasado, y las profundas verdades espirituales expresadas por medio de símbolos han sido reveladas.

Pero no hay ningún velo sobre *La Sangre*. Todavía ocupa un lugar prominente.

Pasemos primero a la Epístola a los Hebreos, que fue escrita con el propósito de mostrar que el servicio del Templo se había vuelto inútil y que Dios tenía la intención de que desapareciera ahora que Cristo había venido.

Aquí, más que en cualquier otro lugar, se podría esperar que el Espíritu Santo enfatizara la verdadera espiritualidad del propósito de Dios, sin embargo, es precisamente aquí donde se habla de la Sangre de Jesús de una manera que imparte un nuevo valor a la frase.

Leemos acerca de nuestro Señor que “por su propia sangre entró en el Lugar Santísimo” (Hebreos 9:12).

“La sangre de Cristo purificará vuestra conciencia” (v. 14).

“Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (Hebreos 10:19).

“Os habéis acercado a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada” (xii. 24).

“También Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (xiii. 12, 23).

“Dios resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesucristo mediante la sangre del pacto eterno” (xiii. 20).

Con estas palabras el Espíritu Santo nos enseña que la sangre es realmente el poder central de toda nuestra redención. “*No sin sangre*” es tan válido en el Nuevo Testamento como en el Antiguo.

Nada más que la Sangre de Jesús, derramada en Su muerte por el pecado, puede cubrir el pecado del lado de Dios, o eliminarlo del nuestro.

Encontramos la misma enseñanza en los escritos de los Apóstoles. Pablo escribe acerca de “ser justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús... mediante la fe en su sangre” (Rom. iii. 24, 25), de “ser ahora justificados en su sangre” (v. 9).

A los corintios les declara que «el cáliz de bendición que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo» (1 Cor. 10, 16).

En la Epístola a los Gálatas utiliza la palabra “ *cruz* ” para transmitir el mismo significado, mientras que en Colosenses une las dos palabras y habla de “la sangre de su cruz” (Gál. vi. 14; Col. 1. 20).

Él recuerda a los efesios que “tenemos redención por su sangre” y que “somos hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef. 1:7 y ii:13).

Pedro recuerda a sus lectores que ellos fueron “elegidos... para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Ped. 1:2), que fueron redimidos por “la sangre preciosa de Cristo” (v. 19).

Veamos cómo Juan asegura a sus “hijitos” que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). El Hijo es Aquel que “no vino sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre” (v. 6).

Todos ellos concuerdan en mencionar la sangre y en gloriarse en ella, como el poder por el cual se cumple plenamente la redención eterna por medio de Cristo, y luego es aplicada por el Espíritu Santo.

IV. Pero quizás esto sea meramente un lenguaje terrenal. ¿Qué tiene que decir el Cielo? ¿Qué aprendemos del libro del Apocalipsis acerca de la gloria futura y de la sangre?

Es de la mayor importancia notar que en la revelación que Dios ha dado en este libro, de la gloria de su trono y la bienaventuranza de quienes lo rodean, la sangre todavía conserva su lugar notablemente prominente.

Juan vio en el trono “un Cordero como inmolado” (Apocalipsis 5:6). Cuando los ancianos se postraron ante el Cordero, cantaron un cántico nuevo diciendo: “Digno eres... porque nos inmolaste, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (versículos 8 y 9).

Más tarde, cuando vio la gran multitud que nadie podía contar, se le dijo en respuesta a su pregunta sobre quiénes eran: “Han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”.

Por otra parte, cuando oyó el cántico de victoria sobre la derrota de Satanás, su tono era: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero” (xii. 11).

En la gloria del cielo, como la vio Juan, no había frase alguna que pudiera resumir y expresar los grandes propósitos de Dios, el maravilloso amor del Hijo de Dios, el poder de su redención, y el gozo y la acción de gracias de los redimidos, excepto ésta: “ *La sangre del Cordero* ”. Desde el principio hasta el fin de las Escrituras; desde el cierre de las puertas del Edén hasta la apertura de las puertas de la Sión celestial, hay a través de ellas un hilo de oro. Es “ *La sangre* ” la que une el principio y el fin; la que restaura gloriosamente lo que el pecado había destruido.

No es difícil ver qué lecciones quiere el Señor que aprendamos del hecho de que la sangre ocupa un lugar tan prominente en las Escrituras.

i. Dios no tiene otra manera de tratar con el pecado, o con el pecador, sino a través de la sangre. Para la victoria sobre el pecado y la liberación del pecador, Dios no tiene otro medio ni otro pensamiento que “ *la sangre de Cristo* ”. Sí, es en verdad algo que sobrepasa todo entendimiento.

Todas las maravillas de la gracia están enfocadas aquí: la encarnación, por la cual Él tomó sobre Sí nuestra carne y sangre; el amor, que no se perdonó a sí mismo sino que se entregó a la muerte; la justicia, que no podía perdonar el pecado hasta que la pena fuera llevada; la sustitución, por la cual Él, el Justo, expió por nosotros los injustos; la expiación por el pecado y la justificación del pecador, así hechas posibles; la renovada comunión con Dios, junto con la limpieza y la santificación, para prepararnos para el disfrute de esa comunión; la verdadera unidad en vida con el Señor Jesús, cuando Él nos da Su sangre para beber; el gozo eterno del himno de alabanza, “Nos has redimido para Dios”; todos estos son sólo

rayos de la maravillosa luz que se reflejan sobre nosotros desde “ *La Preciosa Sangre de Jesús* ”.

ii. La sangre debe tener en nuestros corazones el mismo lugar que tiene en Dios.

Desde el principio de los tratos de Dios con el hombre, sí, desde antes de la fundación del mundo, el corazón de Dios se ha regocijado en esa sangre. Nuestro corazón nunca descansará ni hallará salvación hasta que nosotros también aprendamos a caminar y nos gloriemos en el poder de esa sangre.

No es sólo el pecador penitente, que anhela el perdón, quien debe valorarlo de esta manera. No, los redimidos experimentarán que, así como Dios en su templo se sienta en un trono de gracia, donde la sangre siempre está en evidencia, así no hay nada que acerque más nuestros corazones a Dios, llenándolos con el amor, el gozo y la gloria de Dios, que vivir en constante visión espiritual de esa sangre.

iii. Tomemos tiempo y esfuerzo para aprender la plena bendición y poder de esa sangre.

La sangre de Jesús es el misterio más grande de la eternidad, el misterio más profundo de la sabiduría divina. No nos imaginemos que podemos comprender fácilmente su significado. Dios pensó que eran necesarios 4.000 años para preparar a los hombres para ello, y nosotros también debemos tomarnos ese tiempo, si queremos llegar a conocer el poder de la sangre.

Incluso tomarse el tiempo no sirve de nada, a menos que se tome definitivamente la molestia de sacrificar. La sangre de sacrificio siempre significó el ofrecimiento de una vida. El israelita no podía obtener sangre para el perdón de su pecado, a menos que la vida de algo que le pertenecía fuera ofrecida en sacrificio. El Señor Jesús no ofreció Su propia vida y derramó Su sangre para evitarnos el sacrificio de nuestras vidas. No, de hecho, sino para hacer posible y deseable el sacrificio de nuestras vidas.

El valor oculto de su sangre es el espíritu de autosacrificio, y cuando la sangre realmente toca el corazón, obra en él un espíritu de autosacrificio similar. Aprendemos a renunciar a nosotros mismos y a nuestras vidas, para así avanzar hacia el pleno poder de esa nueva vida que la sangre nos ha proporcionado.

Dedicamos nuestro tiempo a familiarizarnos con estas cosas por medio de la Palabra de Dios. Nos separamos del pecado, de la mentalidad mundana y de la voluntad propia, para que el poder de la sangre no se vea obstaculizado, pues son precisamente estas cosas las que la sangre busca eliminar.

Nos entregamos totalmente a Dios en oración y fe, de modo que no pensemos en nuestros propios pensamientos ni consideremos nuestra propia vida como un premio, sino como si no tuviéramos nada más que lo que Él nos concede. Entonces Él nos revela la vida gloriosa y bendita que ha sido preparada para nosotros por la sangre.

iv . Podemos confiar en que el Señor Jesús nos revelará el poder de su sangre.

Es por esta confianza plena en Él que la bendición obtenida por la sangre llega a ser nuestra. Nunca debemos, en nuestro pensamiento, separar la sangre del Sumo Sacerdote que la derramó y que vive siempre para aplicarla.

Aquel que una vez dio Su sangre por nosotros, con toda seguridad, impartirá en cada momento su eficacia. Confía en que Él hará esto. Confía en que Él te abrirá los ojos y te dará una visión espiritual más profunda. Confía en que Él te enseñará a pensar en la sangre como Dios piensa en ella. Confía en que Él te impartirá y hará efectivo en ti todo lo que Él te permite ver.

Confía en Él sobre todo, en el poder de su eterno Sumo Sacerdocio, para que obre en ti, incesantemente, los méritos plenos de su sangre, para que toda tu vida sea una permanencia ininterrumpida en el santuario de la presencia de Dios.

Creyente, tú que has llegado al conocimiento de la preciosa sangre, escucha la invitación de tu Señor. Acércate. Deja que Él te enseñe; deja que Él te bendiga. Deja que Él haga que Su sangre se convierta para ti en espíritu, vida, poder y verdad.

Empieza ahora mismo a abrir tu alma a la fe, para recibir los plenos, poderosos y celestiales efectos de la preciosa sangre, de una manera más gloriosa que la que hayas experimentado jamás. Él mismo obrará estas cosas en tu vida.